

jugeant superficiellement et sans preuves, accusent Meléndez de couardise, de pleutrerie, de courbettes vis-à-vis de l'autorité quelle qu'elle soit. Il prend courageusement ses responsabilités et se fait, à ses risques et périls, le défenseur de la liberté d'opinion». Este rasgo del carácter de Meléndez, hasta ahora prácticamente desconocido, vuelve a aparecer varias veces a lo largo del libro de Demerson, por ejemplo, en el espinoso asunto de los hospitales de Avila, en la defensa de sus ideas como magistrado, o en el famoso proceso de Oviedo de 1808.

Hay que añadir que todos estos capítulos de carácter predominantemente biográfico, hasta el XX, constituyen un arsenal inagotable para todo el que estudie la época de la Ilustración española. Me resulta imposible aquí indicar todas las novedades del libro y todas aquellas cuestiones para las que necesitará ser consultado; pero señalo como más importantes las siguientes: las luchas universitarias entre aristotélicos e innovadores, el valor y el carácter de la influencia ilustrada francesa en la España de hacia 1780, las nuevas ideas jurídicas, los problemas de los afrancesados en Madrid y en el exilio, y otros muchos temas que trata Demerson acá y allá, y sobre los que aporta datos interesantes o que estudia a nueva luz.

En suma, libro fundamental para Meléndez y para su época, montado sobre la base de una ingente cantidad de material de primera mano y en buena parte inédito, escrito además sin que, salvo en algún caso aislado, la erudición anule la recreación del hombre y de su ambiente, recreación indudablemente artística, cosa tan rara en este tipo de trabajos.

Para terminar quiero señalar que Demerson dedica su obra «à la compréhension et à l'amitié franco-espagnoles». Así sea.

JOSE CASO GONZALEZ

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO: *Andrés González Blanco: Una vida para la literatura*. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1963.

Resulta difícil explicar el desagradecido olvido en que la crítica tenía a Andrés González Blanco. Mientras no son infrecuentes los estudios

aplicados a descubrir gigantes donde no es posible hallar sino molinos de viento, esperan hombres de gran interés literario la justicia de una valoración serena. En el caso concreto de Andrés González Blanco el hecho resultaba más sorprendente, porque tanto su persona como su obra constituían inevitable cita a la hora de evocar el ambiente literario de los comienzos del xx. Historiar el Pombo, el Ateneo, los cenáculos literarios de la época finisecular y un poco posterior, la promoción de «El Cuento Semanal», la crítica y el periodismo, e, inclusive, redactar un apunte biográfico de cualquier personaje de entonces es tropezar necesariamente con la figura menuda de Andrés González Blanco, hombre atento al pulso de su tiempo, presente en todos los momentos históricamente válidos, vigilante y en vanguardia permanente. Algo de eso viene a repetirse cuando es preciso valorar el pasado literario inmediato; recurrir a los juicios de la crítica contemporánea exige tener en cuenta los trabajos demasiado férvidos, abundantes, quizá poco elaborados, de G. B., pero en los que, con demasiada frecuencia para que puedan ser ignorados, aparece el dato certero, la adivinación sabia y el descubrimiento permanente. En la novelística casi resulta desdoro no hacer memoria de su *Historia de la novela...*, aunque esté escrita cuando sólo cuenta veintidós años y haya empleado para redactarla seis meses escasos. Esta compañía, frecuentada incluso por hombres de hoy, como Baquero Goyanes, Henríquez Ureña o Guillermo Díaz-Plaja, investigadores de seria competencia, y esa vigencia de muchos juicios vertidos por él en su abundante obra crítica a vuelapluma, hablan mucho en favor de su interés permanente y de sus condiciones personales, al par que de nuestro desagrado.

Por eso en nuestro saludo al libro, recientemente aparecido, de Martínez Cachero incluimos una felicitación que resulta previa a cualquier otra consideración de su mérito. Era un libro necesario en nuestra historiografía literaria —como el autor prueba con la simple inserción de su apéndice bibliográfico— al que lógicamente se recibe con agrado e interés.

El libro que nos ocupa tuvo su primera andadura bajo la forma de discurso de ingreso de su autor en el Instituto de Estudios Asturianos, en junio de 1960, fase primera de elaboración que solamente ofrecía la semblanza biográfica y el estudio crítico de la obra narrativa de Andrés González Blanco. Testimonio de esta primera etapa es el discurso de recepción inserto como apéndice. Sobre aquella base, seguramente amplificada con citas y documentación más adecuada a la nueva singladura, se añadieron los capítulos segundo y tercero sobre la obra poética y crítica, respectivamente, de A. G. B., con los que queda totalmente abordada y lista para sentencia del lector la personalidad del escritor y crítico.

El esquema biográfico que abre el libro concentra la polivalente y asombrosa actividad de González Blanco en una exposición ceñidísima

y densa. Siguen a este primer capítulo los estrictamente críticos aplicados a la proyección poética, crítico-ensayística y narrativa realizados por Martínez Cachero con detenido esmero y con una visión que a nuestro juicio es un acierto de método. Porque Martínez Cachero supera la magnitud del simple biógrafo, contador de efemérides más o menos notables, para situarse en un terreno de auténtico investigador que recurre a los fondos especulativos de su biografiado para comprender en su profundidad los valores aparentemente externos de su personalidad. No expone hechos, sino que antes, para informarlos, documenta sobre los conceptos que sirvieron de molde en cada género al autor para organizar su obra de creación y su quehacer crítico. Cada capítulo tiene al menos esa doble vertiente: la del concepto y la de la obra, o encarnación de la teoría sustentada; el subsuelo operante en el crítico profesional y su operación artística plasmada en juicio o en obra creada. Ante este doble plano el lector puede hacer gala de comprensión, y corroborar el juicio certero del autor del trabajo que comentamos.

Aunque resulte ocioso señalarlo, porque es característica natural de la ya larga labor crítica de Martínez Cachero, la investigación se ha realizado con probidad, competencia y método. Al doble fondo de análisis, al que hemos aludido, es preciso incorporar el acierto de establecer la obra crítica en una doble perspectiva incluso constructiva. De un lado, el texto directo, sin entretenimientos, informativo y crítico a la vez, que expone con claridad y sobriamente cuanto fue González Blanco, de una forma que pueda interesar a un lector simplemente curioso; por otra parte, ligado al primero por la llamada de atención que alerta al erudito, el gran bagaje de las notas de pie de página confirmando, amplificando, encerrando en su insistente frecuencia cuantos datos estaban a mano del escritor cuando redactaba su trabajo y que ofrece como testimonio de su hacer honesto y como material útil para nuevas investigaciones.

Esa documentación coopera en buena parte en la reconstrucción del ambiente que le toca vivir a G. B. y al que es preciso tener en cuenta para entender su personal trayectoria y teorías artísticas. Un ambiente en el que confluyen en la crítica Menéndez Pelayo, Clarín, «Fray Candil», Valera, Gómez de Baquero, Fernández Villegas, Navarro Ledesma, Ramón María Tenreiro y Julio Casares, por no citar sino a unos cuantos; en la poesía conviven modernistas con los hombres del 98, y a ambos grupos se unen poco después los que en torno a Cansinos Asséns bullen en torno al café Colonial soñando nuevas vanguardias para el arte; en la narración se aglutinan escritores inscritos en movimientos citados al lado de la trayectoria impar de Ramón Gómez de la Serna, que comienza a reunirse con sus contertulios en el Pombo, y de los promocionistas de «El Cuento Semanal», que inauguran una nueva dirección, principalmente erótica, para el naturalismo decadente

y sin funciones vitales dentro de las letras. Como puede verse, todo un complejo mundo de impulsos artísticos en que se dan cita los últimos vestigios de movimientos envejecidos que se resisten a morir y el nervioso amanecer de las nuevas promociones, deficientemente definidas e inseguras aún de su rumbo.

Solamente teniendo en cuenta esa encrucijada medimos en su justa proporción la talla de G. B. y podemos estimar hasta qué punto fue intensa y expectante la actitud del joven crítico, que debió de multiplicar su actividad hasta lo inconcebible y predisponer su sensibilidad en acogedora receptividad para cuanto se gestaba en ese ambiente variopinto y proteico. Como no podía ser por menos, en ese entorno artístico se encuentra el germen de sus especiales concepciones artísticas.

El lector de la obra de Martínez Cachero puede comprender en A. G. B. defectos y aciertos perfectamente destacados en la trabazón de este cañamazo cronológico. Quizás entonces sienta el mismo dolor y la misma admiración que el autor de esta semblanza al estimar en el biografiado unos valores que no llegaron a granazón de manera total, pero que tenía para la crítica unas cualidades y una formación verdaderamente excepcionales. Desgraciadamente, la muerte le sorprendió cuando su trabajo adquiriría madurez y su talento llegaba al punto que le correspondía de genialidad.

El libro que nos ocupa es producto de cuidadosa investigación, de evocación cariñosa y ponderada medida crítica. Magnífico es el capítulo dedicado a la crítica en G. B., por citar algún aspecto de él, y digna de señalar asimismo la breve historia de la promoción de «El Cuento Semanal», que ambienta la aparición de G. B. como novelista. Meditados y ponderados al sumo los juicios favorables y adversos que merece la múltiple obra del escritor asturiano. Esmero documental de honestidad crítica y de interés especial en muchos casos por ofrecer datos nuevos gracias a la colaboración que prestaron al autor las hermanas del escritor estudiado. Estilo ceñidísimo en ocasiones, siempre muy sobrio, que no se pierde en ganas de literatizar al biografiado, sino que ahonda en la valoración con la fría actitud científica del investigador, que beneficia exclusivamente la mena de la verdad. Con este libro se ha rendido al hombre desaparecido el homenaje de la justicia y de la gratitud y se ha abastecido a la historia de nuestras letras de un documento necesario para llenar un vacío inexplicable.